

AVES MÁGICAS Y FÍSICA CUÁNTICA

POR FRESIA CASTRO

ESTA CULTURA ORIGINARIA americana conocida como **mapuche**, “Pueblo de la Tierra”, nuestros ancestros, habitantes de una amplia zona de Chile y Argentina, guarda en su genética una gran información que ha permanecido en sus ritos y en su costumbre de mirar la vida. Los símbolos que la naturaleza les entregaba, y que continúa dándoles, parecen tener una estrecha relación con ecuaciones matemáticas y procesos de la física cuántica de nuestros tiempos, aunque no hubiera ni el mismo lenguaje ni la misma manera para explicar las leyes del Universo.

De acuerdo a la información del sabio mapuche-pehuenche **Aukanaw** (1897-1994), obtenida a través de un grupo de eruditos investigadores argentinos, este pueblo considera al Cosmos integrado por distintos niveles jerárquicos, u órdenes de realidad, de los cuales la realidad ordinaria o mundo perceptible por los sentidos es el nivel más bajo.

Para el mapuche, todo lo que nos rodea está cargado de significado, todo es una señal. Así, existen signos que les permiten pronosticar una lluvia a pesar de no guardar la menor relación aparente con ella. Por ejemplo, cuando las arañas acortan sus telas, o cuando el jilguero toma un baño o se escucha silbar a la perdiz de noche. Cada uno de estos eventos les faculta conocer los flujos de fuerzas, las mareas energéticas, las tormentas sutiles y las presencias invisibles de esos mundos intangibles en los que el mundo ordinario se halla inmerso. Saben que todo lo que ven es manifestación de lo invisible, por tal razón, el aborigen da muchísima mayor importancia a lo imperceptible a los sentidos que a los efectos visibles.

Emisores irradiantes

En otras palabras, la naturaleza observable es para el mapuche un libro abierto, gracias al cual –para quien sabe leerlo e interpretarlo– puede protegerse, sanar o evitar enfermar, prever situaciones y generar algunas veces lo que comúnmente se llama milagro. Para ellos, a través de esas señales, se hace visible el pensamiento de su Creador. Y así sus vigías alados, las aves, serían verdaderos receptores de lo invisible (lo real), o emisores irradiantes, según sus características de conexión con el lado no aún manifestado de la naturaleza. Saben que el ñamku (pájaro detector biológico) augura eventos benéficos, mientras que el chonchon y el wadka wala son emisores de las bajas frecuencias.

Es a partir de este conocimiento que el mapuche reglará su conducta. Si gracias a ciertos indicios pronostican una próxima nevada, es lógico y prudente buscar refugio, recoger los animales, o no emprender



LA NATURALEZA OBSERVABLE ES PARA EL MAPUCHE UN LIBRO ABIERTO, GRACIAS AL CUAL –PARA QUIEN SABE LEERLO E INTERPRETARLO– PUEDE PROTEGERSE, SANAR O EVITAR ENFERMAR, PREVER SITUACIONES Y GENERAR ALGUNAS VECES LO QUE COMÚNMENTE SE LLAMA MILAGRO.

el viaje proyectado a través de un desfiladero. Este conocimiento también tiene su lado oscuro, que aparece cuando, por ignorancia o superstición, se le da un poder fuera de la voluntad del ser y de su capacidad de fluir en el Universo para mantener siempre el equilibrio de la vida.

Para estas comunidades, el Universo es un gran sistema, un conjunto de elementos relacionados entre sí, que se hallan en función de un todo. En consecuencia, cualquier alteración profunda en una parte del Cosmos, en uno de sus elementos o en sus funciones, saben que afecta a todo el sistema y repercute impactando a las partes y a las funciones que lo integran, y todo aquello está profundamente relacionado con el comportamiento del ser y con los resultados en su propia biología.

La savia y la lluvia

“El Universo es como una gran telaraña”, reflexiona el etnólogo y hierólogo Aukanaw, “si se tira de uno de sus hilos se hace vibrar a toda la tela; si, en cambio, se lo corta, se desequilibra toda la estructura. Cada hilo no tiene razón de ser sino en función de la tela y, a su vez, la destrucción de la tela comportaría la inutilidad funcional de sus hilos componentes”.


Estos pueblos de sabia cultura fluyen con la naturaleza y sus vaivenes, integrados a su poder... No necesitan

hacer creaciones especiales para enfrentar ni para avanzar... Se desplazan por la red del Universo con soltura y sin oponerse, integrándose a la creación. Si en algo han cambiado, ha sido a causa de nuestra propia forma de mirar la vida, la que les ha hecho perder poco a poco esa sabiduría cotidiana. Esperemos que estemos a tiempo de amalgamar la savia ancestral con la lluvia bienhechora que viene de más lejos, para combinar en equilibrio el crecimiento de los bosques.

¿Seremos nosotros (que calificamos nuestra actual civilización como seres creadores y poseedores de una nutrida información con respecto a nuestro mundo) capaces de convertirnos en organizadores melódicos de lo invisible, dependiendo de nuestro virtuosismo creador el resultado del concierto terrestre? ¿Estarán estos pueblos ancestrales –de los cuales hemos heredado su memoria genética– enseñándonos sin que jamás los hayamos tomado en cuenta? Tal vez es tiempo de recordar y de aprender.

Si llevamos estos ejemplos ancestrales a compararlos con nuestra propia manera de percibir los signos de la naturaleza, vemos que así como somos capaces de calificar de creencias o supersticiones a estas prácticas originarias, también nos negamos la posibilidad no sólo de fluir con la naturaleza, sino también de escuchar sus señales,

que hace rato nos están advirtiendo.

Nuestra información científica actual nos llena de confirmaciones similares a las que estos pueblos ancestrales mantienen dentro de sus tradiciones y practican en su vida diaria. La diferencia fundamental está en la división que nosotros generamos entre “conocimiento” y “aplicación en la vida”. Lo que nos queda claro es que nuestro rol está directamente relacionado con nuestro poder creador, pero tal vez no estamos aplicando ese poder con sabiduría, la que siempre trae aparejado el Amor; eso es lo que hace la gran diferencia con el puro conocimiento. Con el avance y la complejidad que hoy tenemos en cuanto a memorias, experiencias y aprendizajes, nuestra responsabilidad va mucho más lejos. Si seguimos las señales de la naturaleza, seamos capaces –más allá de sólo protegernos y alertar nuestro paso– de poder modificar y re-crear desde lo invisible de nosotros mismos el mundo que queremos vivir. 

FRESIA CASTRO MORENO

Periodista, especializada en el área científica.

Escritora y creadora del Método Cyclopea de Activación Interna de la Glándula Pineal.

Master en Arte (École des Beaux Arts, París).

Postgrados: en Culturas Precolombinas y en Psicología de la Conducta humana. Hace 20 años se dedica a ofrecer conferencias e impartir seminarios sobre sus investigaciones y sobre el Método, que ya cuenta con instructores en diversos países.